

La épica expedición filantrópica de la vacuna (1803-1806) en la literatura

ALMUDENA DE ARTEAGA Y DEL ALCAZAR
(*Discurso de ingreso como Académica Correspondiente en Madrid*)



Gaston-Theodore Melinde. Academia Nacional de Medicina de Paris.

Unida, como estoy a la literatura para hacer honor a personajes que, por unas circunstancias u otras, se han visto privados del reconocimiento debido; hace diez años que quedé profundamente impactada al saber de la épica gesta de un médico español, se llamaba Francisco de Balmis.

Quise entonces rendirle un homenaje junto a todos los que, con él, llevaron la salvación de la viruela a todas nuestras colonias de la única manera que conocía, viajando mentalmente a otros tiempos y lugares, vistiéndome con sus pieles, sintiendo sus padeceres y alegrías y escribiendo una novela a la que titulé “Ángeles custodios”.

Una novela, en la que ahora ha querido basarse TVE para el proyecto de una película que en apenas un mes comenzará a rodarse. Y es que, humildemente, me siento orgullosa de haber aportado un grano de arena a la divulgación de esta epopeya que bien merece recordarse una y mil veces, como ahora me dispongo a hacer en este mi discurso de entrada como académica en esta Real Academia Hispanoamericana de ciencias, artes y letras.

El primer libro antiguo que me tentó a ello al caer en mis manos fue «La Viruela: el triunfo sobre el más terrible de los ministros de la muerte» escrito por Macaulay, en 1800. Después de este, otra treintena y como no la voluminosa documentación que guarda al respecto el Archivo General de las Indias en Sevilla.

La viruela, junto a la peste, probablemente hayan sido durante siglos la metáfora más palpable de una epidemia. En los albores del siglo XIX, el número de infectados era escalofriante. Desgraciadamente eran muy pocos los que desconocían su sintomatología y muchos los que se sumían en una tristeza infinita al reconocerlos.

Malestar general con fiebre, vómitos, dolor lumbar y sobre todo la aparición progresiva de pústulas purulentas que acababan ulcerando todo el cuerpo y que mataban a un 45% aproximado de los afectados. A los que sanaban, la enfermedad les recordaría de por vida su padecimiento al quedar esta indeleblemente tatuada en sus pieles en forma de atroces agujeros provocados por la caída de sus costras y el apodo que muchos les darían al describirlos como los «picados» de la viruela.

Watts, en una monografía que publica la Universidad de Yale en 1997 “Epidemias e Historia” revela como los tentáculos de esta enfermedad se expandieron ferozmente por las Indias al no haber tenido los indígenas la oportunidad de desarrollar mecanismos inmunitarios para luchar contra la enfermedad antes de la llegada de los descubridores que indudablemente les contagiaron.

Según este autor, los primeros en producir el menoscabo fueron con toda probabilidad alguno de los hombres de Hernán Cortes y Pizarro. Después asegura que penetró en la Isla de La Española (actual Santo Domingo) en 1516 como consecuencia de la llegada a la isla de esclavos negros infectados y uno en particular, documentado y conocido como Pánfilo de Narváez. Data entre 1558 y 1560 su llegada al Río de la Plata y en 1562 al Brasil.

La catástrofe demográfica posterior fue inimaginable al no existir censos fiables, pero se podrían contabilizar por millones los afectados en el siglo posterior a la llegada de los descubridores tan solo en los territorios de Nueva España. Un verdadero holocausto al que había que buscar una solución.

La inoculación fue el primer intento conocido para prevenir la enfermedad. El método era usado en la medicina tradicional china, al menos desde el siglo X. La práctica consistía en insuflar en la cavidad nasal de una persona sana, costras

pulverizadas procedentes de la última fase de la enfermedad de un paciente que la hubiera sufrido.

Se sabe que el conocimiento de esta técnica llegó a Inglaterra en el siglo XVIII de la mano de un médico que la había conocido en Asia llamado Emmanuel Timoni. Intentó convencer a todos de sus beneficios, pero era muchos los que desconfiaron de él hasta que lady Mary Wortley Montagu, una exótica noble inglesa que había vivido en Turquía y había sufrido la enfermedad, decidió apoyar sus teorías mostrando a todos los estragos producidos en su propio rostro, dando gracias a Dios por seguir viva e inoculando en público a su propio hijo. De ahí en adelante, miles de personas siguieron su ejemplo y así se estima que entre 1766 y el final del siglo se inocularon tan solo en Gran Bretaña a más de 200.000 personas.

Desgraciadamente a pesar de que se redujeron las muertes no fue suficiente porque algunos de los inoculados, sin saber bien el motivo, seguían muriendo al padecerla y en consecuencia siguieron buscando durante décadas un sistema más fiable.

Es entonces cuando Edward Jenner, un cirujano nacido en Berkeley, con su capacidad de observación como inoculador, se da cuenta de cómo las mujeres que ordeñaban vacas enfermas de cowpox (un mal animal parecido a la viruela humana pero mucho más leve) con las manos agrietadas no temían infectarse porque sabían que esta leve enfermedad las inmunizaba contra la mortal enfermedad humana, tanto era así que algunas se ofrecían para asistir a los enfermos. Aquello que muchos aseguraban ser una simple superchería llamó poderosamente la atención de Jenner que se decidió a comprobar su veracidad. Usó para ello linfa procedente de un pequeño grano del brazo de una lechera afectada de *cowpox*, y haciendo un pequeño rasguño a James Philips le infectó con él, posteriormente pudo comprobar la total inmunidad del niño al contagio. Había quedado lo que él vino a denominar «vacunado». En 1798 publicó el resultado de este ensayo junto a otros veintidós más, dando al mundo a conocer la sencilla manera de librarlo de la mortal viruela. La obra de Jenner produjo honda impresión en toda Europa y América. Y la vacuna de inmediato comenzó a viajar hasta los lugares más recónditos del mundo.

España no fue una excepción. Aquí todos empezaron a vacunarse, pero llevarla a los territorios de Ultramar eran palabras mayores ya que el viaje era largo y después de intentarlo varias veces, el fluido previamente envasado entre dos cristales sellados con cera, con frecuencia llegaba a los países más cálidos inefectivo.

Para entender el significado de la Real Expedición Filantrópica, es necesario entender el contexto de lo que fue la ciencia española y el conjunto de expediciones científicas de los reinados de Carlos III y Carlos IV. Cabe destacar entonces el relanzamiento de la política naval aplicada por Ensenada en sintonía con los planes expedicionarios y la formación de sus pilotos o cirujanos.

En las expediciones dieciochescas, ya no se trataba tan sólo de descubrir, conquistar y poblar, como había sucedido los siglos XV y XVI, ahora también se debían estudiar

los territorios desde todas las perspectivas posibles. Los antecedentes en las expediciones a Quito para la medición del arco del meridiano terrestre en el Ecuador de Jorge Juan, Santa-cilla y Alejandro Ulloa en 1735. La de los botánicos españoles, Hipólito Ruiz, José Pavón, Francisco Hernández, el gaditano Celestino Mutis y Bosio en Nueva Granada o la del desafortunado Alejandro Malaspina; sembraron la semilla para la expedición filantrópica. Dicha expedición puede considerarse como la última aportación universal de la corona española a estas gestas ilustradas, siempre en la línea de los proyectos y los viajes tan espectaculares que aquellos héroes nos dejaron.

La complejidad de la expedición requería definir muy bien los objetivos, y si bien es cierto que todo se reducía a liberar de viruela los pueblos de Ultramar, también lo era que los medios para conseguirlo no eran sencillos. Hacía falta, desarrollar tres actividades: primero difundir la vacuna; segundo instruir a los médicos y personas interesadas en las poblaciones visitadas y, por último, crear «Juntas de Vacunación» en las capitales y principales ciudades de los Virreinos, para que ellos a posteriori se encargasen de asegurar la conservación del fluido vacuno activo con el paso del tiempo.

Los preparativos de la Expedición en su inicio se orientaron reclutar al personal que se iba a encargar de la misma; a buscar un puerto idóneo para partir, a contratar el barco que iba a desplazar a los expedicionarios y por último a determinar los criterios de conservación de la vacuna.

La Real Orden del ministerio de Gracia y Justicia, sellada en San Ildefonso en 4 de agosto de 1803, dotaba a la expedición con un presupuesto de 200 doblones y fijaba así los términos:

El director sería el Doctor Balmis, Médico de Cámara de Su Majestad y de él sería el privilegio de elegir a las personas que participarían en la expedición, siempre y cuando previamente obtuviera el visto bueno del monarca. Los ayudantes debían de ser facultativos con formación médica; mientras que a los practicantes, cirujanos y enfermeros no se les exigía una formación específica. A juicio de Balmis, eran preferibles personas que estuviesen capacitadas para las labores sanitarias y profilácticas, más que aquellas poseedoras de títulos. El director cobraría 40 reales de vellón, el subdirector y los ayudantes 20, los practicantes 12 y los enfermeros 10. Este dinero se podría cobrar por los expedicionarios directamente en América, o en América y en España cuando los miembros de la Expedición tuvieran familia a su cargo que mantener.

Las distinciones no sólo se hacían en los sueldos sino también en la manutención y así dice textualmente en este curioso párrafo.

«que a todos se les dará almuerzo, refrescos y cena, correspondiente a sus clases... La comida de la primera mesa será una olla, dos o tres principios y postres con vino y pan fresco... La comida de la segunda mesa, lo mismo que la primera, con excepción de un principio y un postre menos... Los de la tercera mesa comerán un buen

cocido y alguna cosa más ciertos niños enfermos y algún extraordinario algunos días de la semana».

Y así, Balmis se dispuso a buscar a los que serían sus compañeros de fatigas. No sería digno hablar de sus subordinados sin hacer antes una breve semblanza de Francisco Xavier Balmis Y Berenguer que, a sus cincuenta años, había nacido en Alicante el día 2 de diciembre de 1753 y que, como hijo y nieto de cirujanos-barberos, con vocación clara, ingresó a los 17 años el Hospital Militar de Alicante. Con tan solo 22 años zarpó en su primera expedición al mando del General Conde de O'Reylli, que la armada española envió, por mandato de Carlos III, contra Argel para terminar con los piratas berberiscos en el levante español. A los 28, ya como médico cirujano del ejército acompañó a la expedición del Marqués del Socorro a Nueva España, aprovechó su primera estancia allí para investigar sobre la aplicación de los remedios botánicos de los indígenas en los males que les acuciaban. Al regresar a España en 1792 publica "La Demostración de las eficaces virtudes, nuevamente descubiertas, en las raíces de las plantas de Nueva España, en las especies en particular del agave y begonia para la curación del vicio venéreo y escrofuloso". El método tuvo bastante aceptación y como reconocimiento a su persona la planta recibió el nombre oficial de Begonia balmesiana. En 1795 fue nombrado Cirujano de Cámara de Carlos IV con 6.000 reales más de sueldo. Su conocimiento del continente americano y su preparación científica y técnica en lo referente a la viruela justificaron sobradamente su nombramiento como director de la Real Expedición

Eligió como subdirector a José Salvany y Lleopart. Un joven Barcelonés de 25 años que desde hacía cuatro ya era un experto licenciado en Cirugía y que había servido como cirujano interno en el cuarto Batallón del Real Cuerpo de Guardias Valonas y en el Tercer Batallón del Regimiento de Infantería de Irlanda.

Sus ayudantes fueron, Manuel Julián Grajales Y Antonio Gutiérrez Robredo

Manuel Julián Grajales, era natural de Sonseca (Toledo), tenía 25 años y cuatro meses antes de salir con la Expedición, se había licenciado como Cirujano-Médico en el Colegio de San Carlos de Madrid. Según Juan Bautista Lastre, el asistente de este, Grajales era un hombre impetuoso y poco diplomático y los pequeños contratiempos que experimentaban al propagar el fluido, le molestaban y excitaban sobremanera.

Su compañero Antonio Gutiérrez Robredo, era hijo de un bordador de la Corte. Como los anteriores estudió en el Colegio de San Carlos y durante un tiempo sirvió en el ejército de Extremadura. Según algunos de los expedicionarios era el discípulo predilecto de su director. Tanto a más que el primero de sus practicantes su propio sobrino e hijo de su hermana Micaela que se llamaba Francisco Pastor Balmis muy instruido en la Vacunación por haberla constantemente practicado a su lado.

De Rafael Lozano Pérez, su compañero apenas ha quedado más rastro que las virtudes del porqué de su nombramiento ya que se había dedicado a la inoculación y era cirujano aprobado.

De Basilio Bolaños, Antonio Pastor y Pedro Ortega, los tres enfermeros nombrados, tampoco quedan apenas datos escritos. Tan solo se sabe por la documentación que los tres eran casados. Que Bolaños al terminar se quedó a vivir en Buenos Aires y que Ortega debió de morir en el tránsito pues me consta una carta de Balmis donde pide encarecidamente que se proteja a los dos hijos huérfanos de su colaborador.

Por último, hay que mencionar a la Rectora de la Casa de Expósitos de La Coruña: Isabel Sendala y Gómez. La única mujer de la expedición y nunca mejor dicho, el alma mater de los niños que servirían a la causa portando en sus propios cuerpos el valioso líquido. Si es verdad que no queda mucho rastro de ella, también lo es, que me bastaron para trazar su semblante estas palabras que Balmis le dedica en el viaje a Manila en una de las misivas que manda al Consejo de las Indias informando de sus logros: Cito textualmente

«La Rectora que con excesivo trabajo y rigor de los diferentes climas que hemos recorrido, perdió enteramente su salud, infatigable noche y día ha derramado las ternuras de la más sensible Madre sobre los 26 angelitos que tiene a su cuidado, del mismo modo que lo hizo desde La Coruña con los huérfanos españoles asistiéndoles en sus continuadas enfermedades».

No cito la lista de los niños de la Casa de Expósitos de Madrid, La Coruña y Santiago y subsiguientes, por no ser tediosa, pero si les diré que el menor de los reclutados a lo largo del viaje tenía tan solo 3 años y se llamaba Tomás Metitón y el mayor nueve y se llamaba Francisco Antonio. Y contarles que Benito Vélez, uno de los españoles, terminó al final de la expedición siendo adoptado por la misma Isabel de Sendala.

En un principio de los diez expósitos que partieron de la capital, tan solo cuatro fueron válidos para completar los 22 necesarios para la partida. El resto fueron reclutados en los hospicios de la Coruña y Santiago. Balmis exigía que tuvieran entre 8 y 10 años y que no hubieran pasado las viruelas naturales, pero como hemos visto en ocasiones no se cumplieron estas condiciones por pura necesidad.

Elegidos los miembros de la expedición ahora, el problema era elegir el puerto más idóneo para la salida. En las primeras propuestas fue Cádiz, pero a medida que se fue perfilando el proyecto se optó por el puerto de La Coruña. Por estar allí la mayoría de los niños y porque desde 1764 y a iniciativa del marqués de Grimaldi, era desde donde más buques-correo, de pasajeros y mercancías partían con destino a La Habana, Montevideo y Buenos Aires.

Allí, existieron dos propuestas de navío. La del propietario de la fragata San José que Balmis consideró demasiado grande y caro para la función que tenía que cumplir y el María Pita, una corbeta de 160 toneladas propiedad de Tavera y Sobrinos que finalmente fue contratada.

El Capitán de la corbeta María Pita era Pedro del Barco y España, natural de Somorrostro, Vizcaya. Marinero de probada valía, buena conducta, inteligencia bastante; buen subordinado y desinteresado según lo describe el propio director.

Los expedicionarios al completo se reunieron en La Coruña, el 21 de septiembre de 1803 y allí permanecieron a la espera de que el barco estuviese alistado para zarpar hasta el 30 de noviembre.

En el bolsillo de su casaca Balmis tenía los salvoconductos necesarios y una copia de las directivas que, a principios de septiembre de 1803, el ministro Caballero, había enviado a los Virreyes de Nueva España, Perú, Buenos Aires y Santa Fe; al Comandante General de las Provincias de Interior; a los capitanes generales de las Islas Canarias, las Islas Filipinas y Caracas y, finalmente, a los gobernadores de La Habana y Puerto Rico.

El viaje de la Coruña a Santa Cruz de Tenerife duró diez días durante los cuales los niños tuvieron que habituarse a la travesía. Era la primera vez que el fluido vacunal arribaba a estos lugares y las autoridades conscientes de ello le dedicaron misas y pasacalles a su llegada. A penas desempacaron se pusieron a vacunar y gracias a la colaboración de los órganos competentes y las Juntas de Vacunación que se instituyeron, la vacuna se expandió rápidamente por entre las siete islas del archipiélago.

El éxito de aquella organización sería desde entonces la forma de actuación en el futuro. Daba igual el lugar porque como allí procurarían habilitar casas donadas al efecto para vacunar gratuitamente al tiempo que se formarían a los facultativos que garantizarían la permanencia de la labor iniciada cuando prosiguiesen viaje. La convocatoria al pueblo para que todos supiesen de ella, se haría según la tierra que visitasen por los medios de propaganda más efectivos, las costumbres y la cultura de los lugareños. Unas veces a través de voceros en las plazas de los pueblos y otras, mediante la publicación de pasquines.

El 6 de enero del 1804 sembrada la semilla de la vacunación continuaron viaje a Puerto Rico. Al llegar a su segundo destino, la euforia de su primera parada en el archipiélago canario, se esfumó de inmediato pues toparon con varios problemas que, si Balmis pudo prevenir, no pudo soslayar.

Para empezar, no fueron recibidos como esperaban porque para ellos la vacuna no representaba ninguna novedad al haberseles adelantado Francisco Oller Ferrer. Y así mientras Balmis dudaba de la efectividad de la vacuna de Oller, este último recelaba de la expedición por venir está a robarle el protagonismo. Y transcurrieron los días mientras ambos perdían el tiempo escribiendo al consejo de las Indias acusándose entre sí. ¿De qué parte estuvo la razón? No es fácil la respuesta y daría para otra ponencia dada la cantidad de documentación que existe en el archivo General de las Indias de Sevilla al respecto. Pero el caso era que Balmis veía peligrar la Expedición al no quedarle apenas niños viables al haber sido la mayoría de los iniciales ya vacunados en la travesía y al negarse el gobernador a proporcionarle nuevos, insistiendo en proteger a Oller ignorando los mandatos recibidos para ayudarle. Decidió entonces continuar viaje a Venezuela.

Capitanía de Venezuela (20 de marzo-8 de mayo de 1804)

En el transcurso del viaje, el único niño español con el que contaba aún servible enfermó y a punto estuvieron de perder el valioso fluido. Llegaron apremiados por el

tiempo a la Guayra el 20 de marzo temerosos de que allí tampoco fuesen bien recibidos, pero no fue así y se alegraron al comprobar que allí se les esperaba con mucha más expectación. De inmediato vacunaron a 28 niños y la vacuna se expandió rápidamente por los alrededores. Archila así relata su acogida en Caracas *«Se le ofreció al regio comisionado una lujosa berlina en la que Balmis llevaba sentado a su derecha al joven vacunado que traía en sus brazos el anhelado fluido. La muchedumbre, apiñada en las calles les vitoreaban entre música y los fuegos de artificio, hasta que llegaron a la más hermosa casa de la ciudad, allí les recibieron el Capitán General, todos los altos funcionarios y todos los grandes patricios vestidos de gala»*

La vacunación, para Bello un escritor del momento, era el símbolo del progreso de la Humanidad y así lo plasmó con su pluma en un párrafo de su obra teatral.

«¿Qué acogida imaginas que daría la ternura benévola de Carlos al gran descubrimiento?, ¿qué liberta a sus queridos pueblos del estrago de las negras viruelas? Al momento escoge profesores ilustrados y un sabio director cuyas fatigas llevan hasta los puertos más lejanos de sus dominios el precioso fluido que de viruela libra a los humanos. Sí, Venezuela, alégrate; tus playas reciben hoy el venturoso hallazgo de Jenner, que te envía, como muestra de su regia bondad, tu soberano. Que de vivientes llena los poblados, que libran de temores la belleza; y que da a la cultura nuevos brazos para que en tus confines amanezcan días alegres, puros, sin nublados y felices con descanso».

En la Guayra poco tiempo antes Balmis decidió dividir la Expedición en dos grupos, principalmente para que el proceso de difusión de la vacuna fuese más rápido. Nombró entonces a José Salvany, su hasta entonces subdirector, director de la segunda expedición que se dirigiría a todo el Reino de Santa Fe, Perú y Buenos Aires a bordo del bergantín San Luis. Junto a él irían cuatro niños, el ayudante Grajales, el practicante Rafael Lozano y el enfermero Bolaños. El resto se quedarían con él director para continuar rumbo a centro américa. Sería la última vez que Balmis y Salvany se vieron.

Y permítanme aquí hacer un breve inciso que bien se merece este segundo expedicionario antes de continuar con la historia de Balmis. El viaje de Salvany no comenzó con buen pie al encallar el bergantín en la desembocadura del río Magdalena, cerca de Barranquilla, en la noche del 13 de mayo. Afortunadamente; consiguieron alcanzar la costa pérdidas humanas. La entrada en Cartagena de Indias fue apoteósica, pero al proseguir viaje Salvany enfermó de «tercianas», «garrotillo», «mal de pecho» y «fuerte mal de corazón»; muy posiblemente de lo que hoy llamaríamos una tuberculosis pulmonar. El propio Salvany, desde la ciudad de La Paz, agotado y sin fuerzas para regresar a España, solicitó el cargo de Intendente de dicha ciudad que había quedado vacante. El silencio de las autoridades peninsulares fue la respuesta. En Cochabamba, a más de 2.500 metros sobre el nivel del mar, se agravaron sus males y finalmente fallece el 21 de julio de 1810. Salvany muere completamente olvidado, pero sin duda fue su iniciativa, tesón y laboriosidad lo que contribuyó a la difusión de la vacuna en toda la América meridional.

Prosigo en este punto con la Expedición de Balmis que después de separarse de Salvany llegó a la Habana el 26 mayo de 1804 donde a pesar de vacunar a unas 15.000

personas también fue denostado por El marqués de Someruelo, el Capitán General en funciones, al negarle este como su predecesor en Puerto Rico más niños para proseguir la cadena de vacunación. Balmis tan solo fue capaz de soslayar el problema comprando a tres mujeres esclavas por las que el mismo pagó 250 pesos.

Llegaron a la Península del Yucatán, Virreinato de Nueva España, el 25 de junio de 1804. Aquel era un territorio que Balmis conocía bien por las expediciones anteriores en las que había colaborado, pero, aun así, tampoco las cosas no fueron como hubiese deseado. Al llegar al puerto de Vera Cruz todos los miembros de la Expedición estaban enfermos de disentería y el calor era asfixiante y como antes muchos se negaban a vacunarse a pesar de ya circulaban varias copias de su Tratado en los hospitales. Desde Jalapa, ya con un clima más benigno, emprendió un viaje de noventa y tres días hacia la capital, donde tendría lugar una segunda confrontación.

La Expedición al llegar a México pidió al virrey que se ocupase de realojar, como previamente le había sido ordenado por la corona, a los niños españoles que ya habían cumplido con su cometido durante la travesía transoceánica. Su única voluntad fue ingresarlos en el insalubre hospicio de la ciudad, con la única excepción del hijo adoptivo de la Rectora de la Casa de Expósitos, que quedó bajo la custodia de su madre.

Isabel, preocupada por el futuro de aquellos niños que tantos meses de penurias habían compartido a su lado, consiguió que finalmente tuviesen una salida un poco más digna trasladando a algunos a una institución pública a cargo de la Iglesia llamada La Escuela Patriótica y consiguiendo que los restantes fuesen adoptados por familias de la burguesía mejicana. No pudo impedir sin embargo que Tomás Metitón y Juan Antonio murieran antes de poder realojarlos como hubiese deseado.

Por otro lado, la vacunación fue muy lenta en la ciudad. Balmis, a la vista de esta desconsoladora indiferencia por parte del Virrey Iturrigaray y a pesar de haberle explicado que, si tan solo se habían vacunado hasta entonces a 479 personas, según sus cálculos, quedaban otras 30.000 a merced de la temible enfermedad terminó por financiar el mismo a crear las ya conocidas redes y juntas de Vacunación. Estas, aunque lentamente acaban por surtir el efecto deseado lo que le permite continuar su viaje hacia la Puebla de los Ángeles, donde llegó el 20 de septiembre.

Una de cal y otra de arena porque allí, al contrario que en la capital, le recibieron con los brazos abiertos. En menos de un mes vacunó casi 12.000 personas. Para mantener la cadena, los mismos párrocos se ocupaban de suministrarle de forma rotatoria, a quince niños no inmunizados cada nueve días. Varias subdivisiones viajaron a Oaxaca, Zacatecas, Durango, Valladolid, San Luis Potosí y las Provincias Internas

Contento por los resultados, a los dos meses decidió regresar a México para intentar al menos que el virrey facilitase los medios para proseguir el viaje hacia Filipinas. Iturrigaray, como la vez anterior, apenas le escuchó. Según él, porque había mucha demanda de pasaje en los barcos que partían de Acapulco a Manila y antes que ellos, tendrían prioridad las tropas que viajaban al archipiélago y los 65 monjes dominicos, carmelitas y agustinos que desde hacía meses esperaban. Finalmente, y después de varias tribulaciones, los expedicionarios consiguieron embarcar en el Magallanes el día 8 de febrero de 1805. Balmis iba acompañado esta vez por seis de sus

asistentes, Isabel de Cendala y 26 niños procedentes de Nueva España. Durante el trayecto Balmis se sintió estafado al enterarse de que mientras él había pagado 300 pesos por niño y 500 por adulto, el resto de los pasajeros tan solo habían pagado 200 por el pasaje. Dormían sobre el suelo hacinados, malcomían y pese a los esfuerzos de la rectora por mantenerlos separados, los contactos entre los niños durante el sueño provocaron su contagio produciéndose siete vacunaciones artificiales a la vez lo que redujo ostensiblemente el tiempo que habían calculado para conservar el fluido vivo en sus cuerpos. Si no hubiese sido por los vientos favorables, es muy probable que en ese momento se hubiese visto truncada la expedición.

Al llegar el 15 de abril de 1805, el Capitán General de las Islas filipinas, Rafael María de Aguilar, delegó en las autoridades del ayuntamiento para que les alojasen en unas casas según Balmis atestigua «indecentes y miserables». A pesar de ello no se amilanaron y apenas un día después comenzaron a vacunar a destajo. A principios de agosto cifraban en 9.000 las personas ya inmunizadas.

Balmis por una disentería mal curada no terminaba de reponerse, pese a ello y a que la expedición financiada por la corona había terminado, su espíritu filantrópico pudo más y decidió proseguir viaje a China mandando al resto de sus expedicionarios de regreso a Nueva España. Esta vez, armándose de valor iría tan solo acompañado por los tres niños filipinos que le servirían en su propósito.

Embarcó de nuevo hacia Macao a bordo de la fragata Diligencia, el 3 de septiembre de 1805. Así describiría a los pocos días el tifón que les sorprendió de camino:

«...En pocas horas a desmantelado la fragata. Hemos perdido el palo mesana, jarcias, tres anclas, el bote, la lancha y veinte hombres se han extraviado. No había uno entre nosotros que no esperase por momentos ser sepultado entre las olas del mar.

Implorar a la misericordia divina fue todo mi conato al encontrarme solo para asistir a los tres niños hasta que, por fin, llegó el día dieciséis y empezó a serenarse el tiempo. Desembarqué llevando a los niños en brazos en una canoa, con lo que aseguré nuestras vidas y la preciosa vacuna»

Una vez allí, tan solo se brindó a ayudarle el Obispo de Macao, Miguel Arriaga.

El 5 de octubre de 1805, tras haber seguido los pasos que ya conocemos en otros lugares y haber entrenado a facultativos locales, salió hacia el Cantón con la ilusión de poder llevar desde allí la salvación al resto del continente, pero apenas pudo hacer nada por la resistencia de las autoridades chinas. Desesperado tan sólo consiguió vacunar a poco más de veinte personas.

Ya no quedaba otra cosa que hacer más que volver a España. El primer barco que salía rumbo a Europa era el portugués Bom Jesus de Alem. Un agente y amigo de la Real Compañía Filipina en Cantón, le prestó los 2.500 pesos que necesitaban con la promesa de que le serían reembolsados por las arcas reales a su llegada a España. Consigo tan solo llevaba esta vez el fluido de la vacuna debidamente sellado entre cristales.

Durante los cuatro meses que duró el viaje hicieron escala en la isla británica de Santa Elena. Aprovechó esta circunstancia y aunque le costó convencer al Gobernador, Robert

Patton de acceder a vacunar a la población, este acabó accediendo al saber que aquella era producto de un descubrimiento inglés. La víspera de su partida, el día 16 de junio, tras una comida con Patton, este le entregó un paquete sellado que había llegado de Inglaterra hacía ya varios años. Al abrirlo, encontró una porción de linfa y unas instrucciones escritas a mano por el propio Edward Jenner que nadie había utilizado. El 14 de agosto de 1806 llegó a Lisboa. Casi inmediatamente, Balmis escribió al ministro Caballero para que le costeara el viaje a Madrid después de haber dado la vuelta al mundo entero.

Cuando Balmis llegó a la Granja de San Idelfonso, Carlos IV le recibió para felicitarle por el éxito de su expedición sin saber aún, que esta sería la última que la corona española financiaría en mucho tiempo. Los acontecimientos posteriores a su llegada son bien conocidos pues apenas faltaba tiempo para que los franceses nos invadiesen y el recuerdo de la expedición quedó sumido en el ostracismo durante muchísimo tiempo. Balmis, al no haber querido admitir a José Bonaparte como su rey, sufrió la confiscación de sus bienes. Durante la ocupación de las tropas francesas en Madrid, la casa de Balmis fue saqueada y es posible que en ese momento se perdiera para siempre el cuaderno de bitácora de la expedición por lo que los historiadores y novelistas posteriores hemos tenido que recurrir a otras fuentes.

Balmis, como tantos otros, salió despavorido de Madrid para refugiarse de la invasión Napoleónica primero en Sevilla y posteriormente en la ciudad de Cadiz. El único bastión que resistió su azote. Pese a la ocupación y la situación tan convulsa que se estaba viviendo en España, el 30 de noviembre de 1809 la Junta Central en Cadiz le autoriza a volver a Nueva España para revisar las estructuras organizativas creadas durante el viaje anterior. En febrero se hace a la mar de nuevo. Pero el virreinato al que retornaba Balmis, difería en mucho de la colonia que había dejado en 1805. El que había sido su enemigo, el Virrey Iturrigaray, había sido destituido y los primeros gritos de independencia sonaban en las calles. Balmis volvió a España convencido de que las redes de vacunación que con tanto sacrificio había creado sufrirían en esta guerra un gran menoscabo. El 11 de marzo de 1813, Balmis informa a las Cortes de que ha recibido noticias sobre la muerte de Salvany en La Paz. Seis años más tarde, el 12 de febrero de 1819, fallecía Balmis en Madrid a los sesenta y seis años.

Y para terminar con esta hazaña nada más digno que parafrasear al Doctor Marañón.

«El verdadero sentido de la gesta de Balmis no radicó en su proeza sino en una representación arquetípica del espíritu típico del siglo XVIII. En el «hombre sensible», en «la ilustración» y en «la filantropía»

Muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA

ARTEADA DEL ALCAZAR, ALMUDENA. *Angeles custodios, la expedición filantrópica de Balmis*, 19. Ediciones B. 2010.

- ACKERKNECHT, E.H., *History and Geography of the Most Important Diseases*, Nueva York, Hafner, 1965. ARCHILA, R., *La expedición de Balmis en Venezuela*, Caracas, 1969.
- ASTRAIN GALLART, M., *Barberos, cirujanos y gente de mar: la sanidad y la profesión quirúrgica en la España ilustrada*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.
- BALAGUER I PERIGÜELL, E., *Balmis, l'esperit de la il·lustració*, València (Comunitat Autònoma) Generalitat, 2006.
- BALAGUER, E., BALLESTER AÑÓN, R., *En nombre de los niños, La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna (1803-1806)*, Madrid, Asociación Española de Pediatría-Wyeth, 2003.
- BALLESTER AÑÓN, R. «Factores biológicos y actitudes vigentes frente a la infancia en la sociedad española del Antiguo Régimen», *Asclepio*, 1983.
- BARTOLECHE, J.I., «Instrucciones sobre el método para curar viruelas», *La Gaceta de México*, 25 de septiembre de 1797, tomo VIII, pp. 341-344.
- BETHENCOURT, A. de., «Inoculación y vacuna antivariólica en Canarias (1760-1830)», en: MORALES PADRÓN, F. (coord.), *V Coloquio de Historia Canario-americana*, vol. II. Gran Canaria, Cabildo Insular, 1982.
- CARRERAS PANCHÓN, A., *El problema del niño expósito en la España ilustrada*, Salamanca, Instituto de Historia de la Medicina Española, 1977. —, *Miasmes i retrovirus. Quatre capítols de la història de les malalties transmissibles*, Barcelona, Fundació Uriach 1838, 1990.
- CALDERÓN QUIJANO, A., *Los virreyes de la Nueva España en el reinado de Carlos IV*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1972.
- CASTIGLIONE, A., *History of Medicine*, Nueva York, 1941.
- CASTILLO Y DOMPER, J. *Real expedición filantrópica para propagar la vacuna en América y Asia (1803)*, Madrid, 1912.
- COSTA CASARETTO, C., «Andrés Bello y la Expedición Filantrópica de la Vacuna», *Revista Médica Chilena*, 119 (1991), pp. 957-962.
- COOK, S.F., «The smallpox epidemic of 1797», *Bulletin of the History of Medicine*, 7 (1939), p. 943. «Francisco Javier (Balmis) and the Introduction of Vaccination to Latin America», *Bulletin of the History of Medicine*, 11 (1942), pp. 543-560.
- COOPER, D.B., *Las epidemias en la Ciudad de México, 1761-1813*, Colección Salud y Seguridad Social, Serie Historia, IMSS, México, 1980 (pp. 139-141).
- CUETO, M., *Saberes andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*, Lima, Instituto de Estudios Andinos, 1995.
- DÍAZ DE YRAOLA, G., *La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna*, Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948.
- ELÍAS, M.F., *Adopción de los niños como cuestión social*, Editorial Paidós, 2004.
- FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, F., *Los viajes de don Francisco Xavier de Balmis. Notas para la historia de la expedición vacunal de España a América y Filipinas*. México, Sociedad Médica Hispano Mexicana, 1996.
- FISCHER, R.B., *Edward Jenner (1749-1823)*, Londres, A. Deustch, 1991.

- FRÍAS NÚÑEZ, M., *Enfermedad y sociedad en la crisis colonial del Antiguo Régimen (Nueva Granada en el tránsito del siglo XVIII al XIX: las epidemias de viruela)*, Madrid, CSIC, 1992.
- GARCÍA NIETO, V., *El barco de la viruela. La escala de Balmis en Tenerife, Santa Cruz de Tenerife*, Ediciones Idea, 2004.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, E.V. *La soledad de Balmis: Real Expedición Filantrópica de la Vacuna de la Viruela*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.
- GUERRA, F., *Historia de la materia médica hispanoamericana y filipina de la época colonial*. Madrid, 1973.
- HOPKINS, D.R., *Princes and Peasants. Smallpox in History*, Chicago, The University of Chicago Press, 1983.
- LASTRES, J.B., «*La viruela, la vacuna y la expedición filantrópica*», en *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina*, 2 (1950), pp. 85-120.
- MORENO CABALLERO, E., *Sesión apologética dedicada al Dr. D. Francisco Xavier de Balmis y Berenguer*, Valencia, Imp. de Ferrer de Orga, 1885.
- MOREAU DE LA SARTHE, J.L., *Tratado histórico y práctico de la vacuna, traducido por el Dr. Francisco Xavier de Balmis*. Madrid, Imprenta Real, 1803.
- NAVARRO Y GARCÍA, R., *Historia de la Sanidad Marítima en España*, 1.^a edición, Madrid, Instituto de Salud Carlos III, 2001.
- NIETO ANTÚNEZ, P., *La rectora de la Casa de Expósitos de La Coruña, excepcional y olvidada enfermera en la expedición de Balmis*, La Coruña, Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses, 1981.
- O'SCANLAN, T., *Ensayo apologético de la inoculación o demostración de lo importante que es al particular y al Estado*, Madrid, Imprenta Real, 1792, pp. XV-XVI.
- OLAGÜE DE ROS, G., ASTRAIN GALLART, M., «*Propaganda y filantropismo: los primeros textos sobre la vacuna jenneriana en España*», *Medicina e Historia*. Tercera época, n.º 56 (1994).
- PARRILLA HERMIDA, M., «*La expedición filantrópica de la vacuna antivariólica a América en 1803. El contrato de fletamiento de la corbeta María Pita*», *Revista del Instituto José Cornide de estudios coruñeses*, 1974-1975, n.os 10-11.
- PESET REIG, J.L., *Ciencia e independencia en la América española*, En: LAFUENTE, A., ELENA, A., ORTEGA, M.L., *Mundialización de la ciencia y cultura nacional*, Madrid, Doce Calles, 1993, pp. 195-217.
- PESET REIG, J. L., LAFUENTE, A., SELLÉS, M., (eds.) *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*. Madrid, Alianza Ed., 1988.
- PIÉDROLA GIL, G., «*La viruela, la primera enfermedad pestilencial prácticamente erradicada en el mundo*», *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, tomo XCIV, Madrid, 1977.
- PUIG SAMPER, M.A., *Las expediciones científicas durante el siglo XVIII*, Madrid, Akal, 1991.
- RAMÍREZ MARTÍN, S.M., *La salud del Imperio. La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna*. Madrid, Doce Calles/Fundación Jorge Juan, 2002. —, *La mayor hazaña médica de la colonia: la Real expedición Filantrópica de la Vacuna en la Real*

Audiencia de Quito, Quito, Ed. Abya-Yala, 1999. —, «*Proyección científica de las ideas de Tomás Romay sobre la viruela en la Inclusa madrileña*», 178 *Asclepio*, 2002, vol. LIV, fasc. 2, pp. 109-128. —, «*Única mujer participante en la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna. D.^a Isabel Sendales y Gómez*», Actas IX Congreso Internacional de Historia de América, vol. II, Ed. Regional de Extremadura, 2002, pp. 271-276.

RAMÍREZ, S., VALENCIANO, L., NÁJERA, R., Y ENJUANES, L., *La real expedición filantrópica de la vacuna. Doscientos años de lucha contra la viruela*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid 2004.

RIERA PALMERO, J., *Cirugía española ilustrada y su comunicación con Europa*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1976.

RIGAU PÉREZ, J., «*Introducción de la vacuna de la viruela en el sur de Puerto Rico, 1804*», *Boletín de la Asociación Médica de Puerto Rico*, 1979, n.º 7.

RIQUELME SALAR, J., *Médicos, farmacéuticos y veterinarios en la conquista y colonización de América*, Madrid, Tip, Pablo López, 1950.

RODRÍGUEZ OCAÑA, E., *El resguardo de la salud. Organización sanitaria española en el siglo XVIII*. *Dynamis*, 1987-1988, 7-8, pp. 145-170.

RUMEU DE ARMAS, A., *La inoculación y la vacunación antivariólica en España*, Valencia, 1940.

SAHAGÚN, B. de, fray, *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, VIII, p. 7.

SMITH, M.M., «*The “Real Expedición Marítima de la Vacuna” in New Spain and Guatemala*», *Transactions of the American Philosophical Society*, New series, vol. 64, part. 1, 1974.

WATTS, S.J., *Epidemics and History. Disease, Power and Imperialism*, New Haven/London, Yale University Press, 1997.

Cádiz, 16 de diciembre de 2015
Salón Regio del Palacio de la Diputación